



A LOS QUE QUEREMOS

Viajo de nuevo a la novela “El Albatros Negro” de María Oruña para extraer un nuevo pasaje. Dice:

“¿Qué será lo que tiene la familia que cuando tuerce el gesto es como si nuestra propia columna vertebral se partiese y quebrase de golpe?”

No creo que sea una frase aplicable a todas las relaciones familiares, pero sí a muchas, y muy especialmente las que más nos importan. Y el sentido que le encuentro en mi caso es la toma de consciencia de cómo podemos afectar con nuestras reacciones a nuestros seres más queridos. A menudo mucho más de lo que pensamos o queríamos.

Mi padre era una persona autoritaria y muy estricto en las normas. Era muy exigente con nosotros. Y recuerdo perfectamente lo vulnerables que éramos los hijos a cuando *torcía el gesto*. Tanto que a veces nos preguntábamos entre nosotros, al llegar a casa: “¿cómo está papá hoy?” Estoy seguro de que ni sospechaba que tenía esa influencia ni era su intención tenerla, pero lo cierto es que la tenía, y una mala cara suya nos afectaba profundamente. Ahora nosotros somos los padres de nuestros hijos, y no sé si siempre tenemos consciencia de cómo les afectamos con nuestras malas caras, o nuestras *torcidas de gesto*. Y estaría bien que nos lo planteáramos, porque quizás tenemos un impacto que ni sospechamos ni queremos.

Es bien sabido que somos más exigentes con la familia que con nadie. Ponemos el listón más alto, y no perdonamos ni una. Lo hacemos en teoría por su bien, para educarlos como pensamos que los debemos educar, y para que se comporten como creemos que se tienen que comportar. Pero probablemente no somos a veces suficientemente conscientes de que precisamente por ser familia la afectación que producimos con nuestras expresiones es máxima. En vez de *torcer el gesto* tantas veces con los nuestros, deberíamos mostrar muchas más sonrisas. Algunas cosas cambiarían, y creo que mucho.

¿TOMAMOS UN CAFÉ?